

Cuestiones Políticas No. 16, 1996, 139-150
IEPDP - Facultad de Ciencias Jurídicas y
Políticas - LUZ • ISSN 0798-1406

Politología: de la ciencia a la ingeniería política

Politology: The Science of Political Engineering.

Alfredo Ramos Jiménez*

Resumen

Este artículo aborda la problemática de la politología latinoamericana, como saber organizado que funda una profesionalidad que se mueve entre la investigación científica y la ingeniería política. Frente a los diversos obstáculos y dificultades, aquí se sientan las bases para una discusión sobre qué hacen los politólogos en nuestros países y lo que espera de ellos el público consumidor de la disciplina. Asimismo, dada la complejidad creciente de la política aquí se destaca el "estado de la cuestión" a fin de establecer nuevas estrategias para la práctica de la politología.

Palabras claves: Ciencia Política, Teoría Política.

Abstract

This article touches on the problem of latinamerican politology, as an organized body of knowledge that moves within the areas of scientific research and political engineering. In the face of diverse obstacles and difficulties, this article proposes the bases for a discussion about what politologists in our countries do and what the pubic consumers of this discipline can expect from this discipline. Given the growing complexity of politics here, the state of the

Recibido el 13-6-96, Aceptado el 30-5-96

* Universidad de los Andes, Mérida, Venezuela.

question is emphasized in order to establish new strategies for the practice of politology.

Key words: Political Science, Political Theory.

*La sociología no valdría una hora de pena
si debiera ser un saber experto reservado a los expertos.*

Pierre Bourdieu, 1980

La política, se ha dicho, resulta demasiado importante para dejarla en manos de una sola disciplina. La reivindicación autonomista de una "ciencia política" ha sido y continúa siendo cuestionada. Y en la medida en que la multidimensionalidad de los fenómenos políticos los vuelve difícilmente comprensibles desde un único punto de vista, resultan escapables en su realidad, para quienes se proponen aproximarse sea desde una perspectiva global o de conjunto, o bien desde una perspectiva más inmediata, en contacto con la acción práctica de todos los días.

Y es que como lo ha destacado Fernando Vallespín en una autocrítica reciente, plena de sugerencias para el debate y la discusión que precisamos en nuestros días: "Más que ninguna otra ciencia, la nuestra tiene que vérselas como un objeto esquivo, indefinible, polisémico y, a la postre, inabarcable. Con el agravante de que no sólo constituye el centro de atención intelectual de quienes nos dedicamos a ella de profesión, sino que es el ámbito en el que, con plena legitimidad, cualquier ciudadano puede sentirse cualificado para intervenir" (Vallespín: 1994, 32).

Si tomamos en cuenta que en ese objeto incursionan a diario especialistas de diversas disciplinas, no necesariamente vecinas, de la politología, tenemos que admitir que ese "nosotros" comprende también, con mayor frecuencia de la que se piensa, a unos cuantos "intrusos". Este hecho, destacado por Vallespín como un "intrusismo profesional", producto de lo que según él afecta a la politología en constitución, le da base para afirmar que: "la ciencia política puede que sea la única disciplina de la que no puede decirse es aquella a la que se dedican los politólogos" (Vallespín, 1994).

En efecto, debemos admitir hoy en día que los caminos de la politología parecen múltiples y estrechos. Tomándose en cuenta solamente las diferencias, no pequeñas, que separan a quienes afirman la

posibilidad de escapar de lo normativo (de Strauss a Habermas y Luhmann) y aquellos que no le ven salida sin acceder a una cierta "aplicabilidad" de los conocimientos adquiridos (de Duverger a Sartori). Se dirá entonces que unos y otros asumen posiciones legítimas. Pero ello no resuelve, muy por el contrario, el problema o *embarras* en el que parecen haberse instalado unos y otros, contribuyendo con ello a la confusión de los recién iniciados en la práctica de la disciplina.

Admitamos que este asunto debe parecer "extraño" si no "sin sentido" para quienes han instalado su tienda en el creciente mercado de la "ingeniería política", tan presente y elocuente en los diversos medios. Pero resulta que, a la larga, son estos últimos los que "ofrecen" y "venden" los "productos" de una así llamada "politología", que desentona con frecuencia si hacemos referencia a lo que se espera de la misma, convirtiéndose así en el blanco privilegiado de las invectivas ingeniosas de unos cuantos fablistanes de oficio, un tanto preocupados por la amenaza eventual que aquéllos representan para su monopolio de "análisis político".¹ De aquí que no sorprenda el hecho de que la imagen de la politología como disciplina profesional haya dado base para que se la cuestione allí donde parecía más inclinada a instalarse en forma definitiva. Y si a ello agregamos la proliferación de aficionados y "espontáneos", que han dado el salto desde la reunión de café hasta la pantalla de televisión, la presencia de una cierta "politología" deja mal parados a quienes en su trabajo no tienen nada que ver con las "aceptables" y corrientes improvisaciones de tales "expertos". Sabido es el hecho de que en nuestros países latinoamericanos no faltan reuniones de varias personas en las que alguno por lo menos se presente a los demás como genuino conocedor de las realidades políticas de todos los días.

Y es que el hombre común no ha esperado la politología para hacerse una idea de lo que es el Estado, los partidos, la vida política, en suma. Que se sepa, en ninguna parte los politólogos han sido considerados imprescindibles cuando se trata de encontrar explicacio-

1 Para no salir de nuestro país, véase: Euro Fuenmayor, "La nueva casta de politólogos. Cardúmen de astrólogos con muy raros aciertos", **El Globo**, 19-07-93 y Juan Nuño, "De politólogos y otras hierbas", **El Nacional**, 25-03-94.

nes del mundo de la política. Tal parece que la "irrelevancia" de sus propuestas y planteos los vuelve "menos importantes" para el trabajo de los decidores políticos o gobernantes. Y en no pocos casos, los practicantes de la politología han sido sustituidos por un personal "más confiable", más "en contacto con la realidad". Recordemos aquella advertencia de Jean Meynaud, quien ya en los años 50 se adelantaba a un hecho que hoy en día parece más pertinente que entonces: "Se dice que el investigador tiene pocos conocimientos; pero se oculta que otros, que saben menos que él y no poseen ni su experiencia ni su honradez intelectual, *no vacilarán en hablar en su lugar*. Su completa abstención, ¿no perjudicaría a la comunidad? (Meynaud: 1959, 279).

Quienes invitan a la politología a abstenerse olvidan muy rápidamente que en este campo la cuestión no se afina en la prueba del ensayo/error. Si bien es cierto que en la política los efectos de la decisión conciernen a comunidades enteras, las propuestas politológicas no deben reducirse en modo alguno a diagnósticos y recetas. Nuestra disciplina hace un esfuerzo grande por aproximarse con las armas disponibles (teóricas y epistemológicas) a las realidades complejas del poder, del gobierno, de la dominación, etc. Pero ello no la cualifica para adelantar provisiones infalibles y mucho menos prescripciones, que en no pocos casos se ha revelado equivocadas. Si, como lo ha destacado Giovanni Sartori, el "saber" de la ciencia política es ante todo un "saber práctico" o un "pensar para aplicar" (Sartori: 1984, 237), se equivocan quienes pretenden hacer pasar ese saber como la fuente de un poder renovado y "más efectivo". Y es que la tentación no falta entre algunos colegas, que habiendo renunciado a la investigación buscan por todos los medios hacerse con una posición en el mundo de la política activa.

Si debemos admitir que el aporte de nuestra disciplina, como ciencia del poder, sigue siendo modesto -no hay lugar en la misma para las pretensiones científicas- ellos nos debe invitar a la prudencia y, por qué no, a la humildad. Pero ocurre que esto no es privativo de la politología, sino que también afecta a las demás ciencias sociales, más antiguas y "consolidadas" como saberes profesionales. Con frecuencia, nuestras "lecciones" o "explicaciones" no pasan de las instancias hipotéticas, más o menos fecundas, aplicables a un objeto demasiado movido y cambiante. De aquí que nuestra disciplina deba seguir siendo esencialmente *problemática*, en la medida en que el espacio de reflexión supera con creces al de la presentación de los resultados. Y

en tal sentido, la misma debe insertarse en aquello que se ha venido denominando como la "pluralidad de saberes": los métodos de la ciencia política ¿no son acaso los mismos de las demás ciencias sociales".

Ahora bien, una politología relativamente autónoma estuvo planteada sólo bajo la condición de echar abajo las pretensiones imperialistas de la economía, primero, y de la sociología, en la época más reciente. Su "emancipación intelectual" ha encontrado grandes dificultades si advertimos con Jean Baudouin que en este intento no hemos contado con: "una estrategia voluntaria tendiente a definir de una vez los campos de la ciencia política. Ha habido, por el contrario, una acumulación empírica de estratos que superpuestos los unos a los otros terminan por definir su territorio" (Baudouin: 1991, 11).

Territorialización que en definitiva nos trajo mayores problemas a la hora de establecer las bases para una legitimación de la disciplina en el amplio espacio de las ciencias de la sociedad. Baste un ejemplo: cuando asumimos que el Estado es el objeto central de nuestros estudios y reflexiones ¿no pasamos por alto el hecho de que el mismo ha sido y continúa siendo reivindicado legítimamente como propio por unas cuantas disciplinas varías?. La economía, la sociología, la historia, la antropología y hasta la psicología, que para la ocasión se hacen acompañar por el adjetivo política, "invaden", por decirlo así, con mayor frecuencia de la que se podría pensar, el campo o "territorio", un tanto desprovisto ciertamente, -¿falta de recursos?- de la ciencia política (Ramos Jiménez, 1993).

Cabe, por consiguiente, replantear la "estrategia" de inserción en el conjunto de las así llamadas ciencias sociales, con una invitación reiterada a la modestia y la prudencia. El pecado de orgullo ¿no terminó por hundir a una economía moderna, tan ambiciosa como pretenciosa? y la soledad candorosa de la sociología de las últimas décadas ¿no la condujo hacia la babel de las especializaciones?. En ello debemos empezar por admitir que el conocimiento o comprensión politológica forma parte de un esfuerzo colectivo por *explicar*, en ciertos casos, por predecir o adelantarse a los acontecimientos. Y en tal sentido, la misma no es la única culpable de lo que Vallespín entiende como la "perplejidad generalizada" de las ciencias sociales ante las realidades que llegan, pasan y quedan sin explicar. Y que esto no sirva de consuelo para unos cuantos practicantes de la disciplina, un tanto escépticos y desmovilizados.

Y es que la ciencia política en sus implicaciones teóricas y epistemológicas embarga una contradicción: como teoría es ante todo reflexión y abstracción; como saber referido a la política es ante todo acción, práctica concreta y efectiva. De aquí que los principales ataques al "gremio" o a la "tribu" de los politólogos resulten cada vez más internos que externos. Porque es dentro del ejercicio de la disciplina, donde se advierte la "amenaza" o peligro para la estabilidad de lo que apresuradamente nos habíamos acostumbrado en llamar "el edificio" de la disciplina. Los "agremiados" o "indígenas" deberíamos por consiguiente primero poner orden en la casa para luego organizar la defensa. Las otras disciplinas sociales lo han hecho en el pasado reciente, cada uno a su manera.

Una tarea de este tipo nos parece vinculada con aquello que desde hace poco se ha venido denunciando como el "esfuerzo inútil" de unas "ciencias sociales que sólo sirven para reproducir un saber disciplinario en el ámbito del desempeño profesional" (Lanz, 1994; 18). De modo tal que: "los enfoques disciplinarios son arcaísmos epistemológicos que lograron entronizarse como saberes hegemónicos gracias al apoyo de la modernidad" (Ibid). Apreciación ésta que revela no sólo una queja generalizada sobre la incapacidad cognitiva de los diversos saberes -la ciencia política incluida- para ayudarnos en la difícil empresa que nos lleve a la "buena sociedad", sino también el "malestar" que está en el origen del desfase existente entre el pretendido objetivo cientificista del control de la naturaleza con el limitado conocimiento que poseemos sobre la actuación humana en la vida social.

Si aquí y allá se ha venido constituyendo esta crítica dentro de la denuncia de los límites de la *modernidad*, anunciándonos de paso el advenimiento de la *posmodernidad*, como una suerte de llegada de los "nuevos tiempos", es porque hoy en día carecemos de matrices teóricas suficientemente avanzadas para hacernos salir de este "siglo XIX de la ciencia social", que al parecer ya dura demasiado y que nos ayuda poco para las encrucijadas de los diversos conocimientos que poseemos hoy en día.

Deteniéndose un tanto en ese equipamiento intelectual que nos legó el siglo pasado, Charles Tilly ha observado cómo: "los economistas construyeron teorías del capitalismo, los científicos políticos teorías de los Estados, los sociólogos teorías sobre aquellas sociedades que se integraban en los Estados Nacionales, y los antropólogos teorías de las

sociedades sin Estado. Cada disciplina llevaba las huellas de su fecha de nacimiento; los economistas estaban obsesionados con los mercados, los científicos políticos ocupados con las interacciones ciudadano-Estado, los sociólogos preocupados por el mantenimiento del orden social y los antropólogos aturridos por la evolución cultural hacia el mundo desarrollado del siglo XIX" (Tilly, 1991, 21).

Sin embargo, es preciso reafirmar el hecho de que no basta con denunciar la modernidad para replantear una vieja discusión en la que no pocos parecen haberse extraviado. Y es que, problemas actuales como la democracia, las políticas de la tensión o la despolitización del ciudadano, exigen algo más que aproximaciones globales a un objeto de suyo complejo y escurridizo. En otras palabras, los planteos de la macropolítica dejan sin explicar los datos de una micropolítica, que nos parece más próxima a nuestras preocupaciones cotidianas. Y ello representa para nosotros, "profesionales disciplinarios", una gran dificultad, que casi siempre la encontramos en base de los así llamados "conflictos de visiones" del mundo, volviéndonos más proclives hacia una comodaticia "ingeniería política", en unos casos, o a las brumosas generalizaciones buscadoras de sentido, en otras.

De modo tal que la invitación a la "discusión posmoderna" encierra el peligro de vaciarnos las alforjas en el penoso viaje que nos sacará definitivamente de la modernidad. Y si a esto agregamos el hecho de que el "fin de la modernidad" debe ser leído como el "fin de la política" (Lanz, 1994, 17), la tarea lejos de aliviársenos se nos vuelve insostenible, en la medida en que se declara el objeto como terreno de reconstrucción, cuyo desvelamiento precisa de nuevos instrumentos y nuevos "entrenamiento del intelecto". Hasta aquí la búsqueda frenética de "tiempos mejores", que no repara en denunciar: "las amenazas y peligros (que) pueden atemorizar a quienes insisten en desafiar las fronteras actuales de los conceptos en uso..." (Ibid, 17) y que se nos presenta como una incitación a una suerte de magnicidio de la teoría social moderna.

Es cierto que no faltan razones para anatematizar y a viva voz la previsible desviación de unos cuantos espíritus corporativos de la politología actual hacia una suerte de ingeniería política, mejor remunerada y fuente de conocimientos inmediatos. Pero, de aquí a tomar esta "desviación" como la orientación prevaleciente de la disciplina sin más, existe una brecha que sólo vista desde el exterior resultaría pequeña.

Visto más de cerca, es evidente que la politología comparte con las demás ciencias sociales el clima de incertidumbre, que asalta el pensamiento de nuestro tiempo en sus diferentes versiones, pero sus orientaciones y desaciertos nos parecen más derivados de la complejidad creciente de su objeto.

Pedirle a la ciencia política predicciones y previsiones en este final de siglo es otra forma de reclamarle mayor audacia para aventurarse en terrenos tan desconocidos como inexplorados. ¿Constituye la actividad o práctica politológica una aventura intelectual, como aquéllas que nos quedan de un cierto pensar filosófico? o, en otras palabras, ¿ocupa la politología un lugar privilegiado o central en la explicación del devenir humano?. Las interrogantes podrían continuar, ya que por el momento no hemos abandonado aún el terreno de las hipótesis. No obstante y en la medida en que la ciencia política desde hace mucho se planteó como objetivo la comprensión de los fines sociales, esa tarea hoy en día la supera netamente y en ese espacio compite con otras diversas disciplinas, unas más seguras que otras, unas más avanzadas y, por qué no decirlo, menos exigidas.

En todo caso, ya no estamos en la época que vivieron los padres fundadores de la teoría social moderna, tan ocupados en descubrir leyes. Nuestro tiempo nos exige explicaciones que, en el sentido popperiano, otros que nos seguirán se encargarán de rectificarlas o reemplazarlas si es el caso. Ahora bien, ¿corresponde a la politología este ejercicio de hermenéutica supradisciplinaria, como lo han venido reclamando en los años recientes algunos espíritus un tanto adelantados?.

Tales explicaciones, que en nuestro ánimo pasan por un reordenamiento doméstico del patrimonio común, sólo podrían conducirnos a la comprensión del objeto de estudio si las tomamos por lo que son y no por lo que esperamos que sean, es decir, por aproximaciones legítimas que resultan de una laboriosa génesis que se apoya en encuentros y desencuentros, unos más exitosos que otros, parte de esa aventura del intelecto que nos impulsa a cuestionar las realidades tanto como los diversos esfuerzos para dar cuenta de las mismas.

En tal sentido, el conocido debate que ha opuesto hasta aquí a "filósofos" y "politólogos" revela más bien una disputa institucional, que va más allá del cuestionamiento disciplinario y que tiene que ver con la deslegitimación creciente del pretendido y nunca alcanzado monopolio

del conocimiento del universo político (Baudouin: 1991, 6-7). Unos y otros han vivido así la tensión intelectual que se instala en nuestra actividad indagatoria fundamental y que unos cuantos han buscado ventilar apresuradamente y, digámoslo así, sin mayor convicción.

Ahora bien, ¿tiene esto que ver con la pérdida innegable de la autoestima de los politólogos?. En cierto grado, sí. Pero, el asunto precisa de unos cuantos matices. Y es que el "gremio" se ha visto afectado recientemente por una perceptible carencia de identidad. Y no es para menos. Frente a los logros y vicisitudes de la disciplina en este final de siglo y a pesar de encontrarse definitivamente consolidada en nuestras universidades y centros de investigación, sus retrocesos resultan más patéticos que sus tímidos avances. Y es que la dosis de inconformidad y espíritu crítico que impulsaban a la politología en sus comienzos se han visto neutralizados por el positivismo creciente en la actividad indagatoria de la mayoría de sus practicantes. Factor éste que, lejos de sorprendernos, ha ido alimentando una suerte de "crisis de identificación" presente en un buen número de trabajos y disponibilidades.

Aceptemos entonces que con la ciencia política ha ocurrido algo que ya había ocurrido antes con la sociología. Ciencias exigidas, estas dos disciplinas, que con frecuencia llegan con retardo a las citas de sus demandantes. Recordemos aquí la conocida observación de Pierre Bourdieu, según él dirigida a los no especialistas: "la sociología difiere de las otras ciencias sociales al menos en un punto: se exige a ella una accesibilidad que no se demanda a la física o aun a la semiología o a la filosofía (...). En todo caso, sin lugar a dudas no existe dominio donde el «poder de los expertos» y el monopolio de la «competencia» sea más peligroso e intolerable" (Bourdieu: 1980, 7).

La búsqueda de respuesta, en unos casos, y la necesidad de impacto, en otros, nos parecen hasta aquí las causas de unos cuantos extravíos y desatinos. Porque, disfrazada de "saber experto", en no pocos casos, la politología se ha hecho pasar por lo que no era, alcanzando con ello un status de privilegio que le ha ganado en el camino unas cuantas enemistades y mezquindades. Y estas últimas se hicieron tanto más efectivas que la enormidad y multidimensionalidad de los cambios sociales y políticos, revelará netamente que la comprensión y explicación en este campo superaban con mucho los límites de los saberes especializados o disciplinarios, dejando en el camino todas

las ilusiones de lo que Sartori había denominado "saber erudito" que, según él, consistía en una búsqueda inquieta, de las posiciones de poder. De aquí la evidente propensión tecnocrática de unos cuantos profesionales de la disciplina, un tanto desdeñosos -el tiempo lo habría de reafirmar- con aquellas profesiones más modestas y menos a la vista.

De hecho, el estancamiento -si no retroceso- de la reflexión y discusión intradisciplinarias y las notables carencias en la producción reciente reflejan el clima de insatisfacción que prevalece actualmente en el territorio politológico, hasta hace poco constituido como el terreno de cultivo, posición de punta entre los diversos saberes. Es cierto que en ello tienen mucho que ver la excesiva burocratización de la investigación, de una parte, y la presencia avasallante del periodismo que en el terreno de la política luce improvisado, de otra. La primera interviene limitando las iniciativas y recursos; el segundo, desalentado la investigación fundamental de largo aliento. ¿Cuántos trabajos de investigación de envergadura han sido producidos en los últimos diez años en el seno de nuestra disciplina?.

Asimismo, cabe destacar que el desarrollo de una tecnología política obedece en nuestros días a un cierto "cálculo de impacto", tanto en nuestros países como en los países centrales. De modo tal que los criterios para el apoyo de las iniciativas de investigación hoy en día se ajustan más a menudo a demandas extradisciplinarias, aquellas que no precisamente están orientadas hacia la consolidación de la teoría o de la gramática de la politología. Piénsese en el hecho de que las investigaciones que han obtenido mayor divulgación (ediciones, comentarios, etc) corresponden mayoritariamente a lo que aquí denominaríamos "ingeniería política", es decir, aquel espacio conformado por el conjunto de habilidades y destrezas del análisis político que se proponen como objetivo hacer accesibles los diversos contenidos conceptuales básicos a la luz de las realidades empíricas.

"Es poco lo que los estudiosos pueden hacer con respecto a los intereses propios de los políticos -escribe Giovanni Sartori- excepto demostrar que están equivocados o que pueden ser mal interpretados. A pesar de lo anterior, se supone y se les pide a los estudiosos que den consejo adecuado, independientemente de si se les tomará en cuenta. En este punto surge la dificultad: ¿son los científicos políticos actuales capaces de dar una asesoría adecuada?" (Sartori: 1994, 41. Cuestiona-

miento que nos parece responder a los reclamos que aquí y allá se escuchan con bastante frecuencia.

Ahora bien, si la autocrítica que se nos exige ha pasado a formar parte de aquello que se ha denominado "la tragedia de la ciencia política", cabe aceptar con Danilo Zolo que la ciencia política "debería liberarse de su obsesión metodológica, de las presunciones de su ideología cientificista, de su imposible aspiración a la neutralidad valorativa, de su débil sensibilidad por la historia y el cambio social" (Zolo: 1994, 62). Tarea que nos parece cuestiona a la práctica de la ciencia política actual, tanto en su vocación investigativa como en su búsqueda de una aplicabilidad ciertamente difícil.

Particularmente, en el caso latinoamericano, las debilidades disciplinarias de la politología regional resultan en extremo patentes. Como lo ha observado recientemente José Joaquín Brunner: "en ausencia de organización disciplinaria, actividades como la sociología o la ciencia política quedan sujetas a criterios de evaluación y reconocimiento extremadamente laxos" (Brunner: 1990, 83-84).

Y ello queda sin advertir sobre las grandes dificultades encontradas en los diversos intentos (nacionales) por conformar comunidades de investigadores y/o profesionales de la disciplina. De modo tal que la muy reducida comunicación entre los politólogos en nuestros países da base para pensar que su consolidación a nivel latinoamericano sólo está planteada a largo plazo, cuando las barreras institucionales locales den paso a un debate amplio y abierto sobre las cuestiones políticas más relevantes de los diversos contextos de la transición y consolidación democrática.

Esta carencia de la politología latinoamericana contrasta con la amplia receptividad que acompaña en nuestro medio a la producción reciente en inglés y francés. Tal vez con esto estemos configurando toda una situación de dependencia científico-cultural, que nos parece, reñida con la internacionalización del conocimiento, presente en nuestras disertaciones y discursos. Queden estas notas como muestra de ello.

Mérida marzo 1996

Bibliografía

- ALCÁNTARA SÁEZ, Manuel (1993). "Cuando hablamos de ciencia política, ¿de qué hablamos?", **Revista Mexicana de Sociología**, N° 4 p. 147-177.
- BAUDOUIN, Jean (1991). **Introduction a la science politique**, Paris, Dolloz.
- BAUDOUIN, Pierre (1980). **Questions de Sociologie**, Paris, Minuit.
- BRUNNER, José Joaquín. "La construcción de las ciencias sociales en América Latina. Comentarios sobre su institucionalización". **David y Goliat. Revista de Clacso**, Año XIX, N° 56, Abril.
- COLAS, Dominique (1994). **Sociologie Politique**, Paris, Armand Colin.
- LANZ, Rigoberto (comp.) (1994). **El malestar de la política**, Mérida, Universidad de Los Andes.
- MEYNAUD, Jean (1959). **Introducción a la ciencia política**, Madrid, Tecnos.
- RAMOS JIMÉNEZ, Alfredo (1993). **Comprender el Estado. Introducción a la politología**, Mérida, Universidad de Los Andes.
- (1991). **Politólogos y politología**, Mérida, Universidad de Los Andes.
- SARTORI, Giovanni (1984). **La política. Lógica y método en las ciencias sociales**, Mérida, FCE.
- (1994). **Ingeniería constitucional comparada. Una investigación de estructuras, incentivos y resultados**, México, FCE.
- SCHEMEIL, Yves (1994). **La science politique**, Paris, Armand Colin.
- TILLY, Charles (1991). **Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes**, Madrid, Alianza.
- VALLESPIN, Fernando (1994). "Viaje al interior de un gremio. De los politólogos y su proceloso objeto", **Claves de la Razón Práctica**, N° 40, Marzo, p. 28-36.
- ZUCHERMAN, Alan S. (1991). **Doing the political Science. An Introduction to Political Analysis**, Boulder, Westview Press.